

EL LIBERALISMO Y EL PRINCIPIO DE NACIONALIDAD

LUDWIG VON MISES*

Los enemigos del liberalismo no han conseguido demostrar que sus doctrinas sobre el valor del capitalismo y del gobierno democrático sean falsas. ¿Han tenido más éxito al criticar la tercera parte del programa liberal, es decir, sus propuestas para una cooperación pacífica entre los diversos Estados y naciones? Al contestar a esta pregunta debemos recalcar de nuevo que el principio de nacionalidad no representa la solución liberal del problema internacional. Los liberales propugnaban la autodeterminación. El principio de nacionalidad es resultado de la interpretación que el pueblo de la Europa central y oriental, que nunca comprendió del todo el significado de las ideas liberales, dio al principio de autodeterminación. Es una desfiguración, no un perfeccionamiento, del pensamiento liberal.

Hemos dicho ya que los padres anglosajones y franceses de las ideas liberales no vieron los problemas en juego. Cuando estos problemas afloraron, el periodo creador del viejo liberalismo había terminado ya. Los grandes paladines habían desaparecido. Los epígonos, incapaces de combatir con éxito contra las tendencias crecientes del socialismo y del intervencionismo, ocupaban su puesto. Estos hombres no tenían la fuerza de afrontar nuevos problemas.

Sin embargo, el veranillo de San Martín del viejo liberalismo clásico produjo un documento digno de la gran tradición del liberalismo francés. Ciertamente que a Ernest Renan no se le puede considerar realmente liberal. Ernest Renan hizo concesiones al socialismo porque sus conocimientos de la teoría económica eran más bien escasos; en consecuencia, fue también demasiado acomodaticio con los prejuicios antidemocráticos de su tiempo. Pero su famosa conferencia *Qu'est-ce qu'une nation?*, pronunciada en la Sorbona el 11 de marzo de 1882, está enteramente inspirada en el pensamiento liberal¹. Esta conferencia fue

* Ludwig von Mises, *Gobierno Omnipotente*, Unión Editorial, Madrid 2002, pp. 139-148.

¹ Renan, *Qu'est-ce qu'une nation?*, París 1934.

la última palabra que pronunció el viejo liberalismo occidental sobre los problemas del Estado y de la nación.

Para comprender como se debe las ideas de Renan es necesario recordar a qué equivalían para los franceses —como para los ingleses— los términos nación y Estado. Cuando Renan pregunta: «¿Qué es una nación?», quiere decir: «¿Qué es lo que debería determinar los límites de los distintos Estados?», y su respuesta es: «No la comunidad lingüística, ni el parentesco racial fundado en una común descendencia, ni la afinidad religiosa, ni la armonía de los intereses económicos, ni consideraciones geográficas o estratégicas, sino el derecho de la población a determinar su propio destino»². «La nación es el resultado de la voluntad de seres humanos de convivir en un Estado»³. La mayor parte de la conferencia está dedicada a demostrar, cómo se origina este espíritu de nacionalidad.

La nación es un alma, un principio espiritual («une âme, un principe spirituel»)⁴. Una nación, dice Renan, confirma diariamente su existencia al manifestar su voluntad de cooperar políticamente dentro del mismo Estado; efectúa, por decirlo así, un plebiscito diario. Una nación no tiene, pues, derecho a decir a una provincia: me perteneces, me voy a apoderar de ti. Una provincia consiste en sus habitantes. Si alguien tiene derecho a ser oído en ese caso son sus habitantes. Las disputas de fronteras deberían ser zanjadas mediante plebiscito⁵.

Es importante comprender que esta interpretación del derecho a la autodeterminación difiere del principio de nacionalidad. El derecho de autodeterminación en que pensaba Renan no es de grupos lingüísticos, sino de individuos, y se deriva de los derechos del hombre. «L'homme n'appartient ni à sa langue, ni à sa race; il n'appartient qu'à lui-même»⁶.

Considerada desde el punto de vista del principio de nacionalidad, la existencia de Estados como Suiza, compuesta de pueblos de diferente idioma, es tan anómala como el hecho de que los anglosajones y los franceses no quieran unir en un solo Estado a todas las personas que hablan su lengua. Para Renan no hay nada irregular en esos hechos.

Más notable que lo que Renan dice es lo que no dice. Renan no ve el hecho de las minorías lingüísticas ni el de los cambios lingüísticos. Consultad al pueblo; que el pueblo decida. Muy bien. ¿Y qué ocurre si

² Renan, *op. cit.*, p. XI.

³ Renan, *op. cit.*, pp. 84, 88.

⁴ Renan, *op. cit.*, p. 83.

⁵ Renan, *op. cit.*, pp. VIII ss; pp. 89-90 ss.

⁶ El hombre no pertenece ni a su lengua ni a su raza; no se pertenece más que a sí mismo. *Op. cit.*, p IX.

una minoría conspicua disiente de la voluntad de la mayoría? Renan no contesta satisfactoriamente esta pregunta. Respecto al escrúpulo de que los plebiscitos pudieran llevar a la disolución de antiguas naciones y a un sistema de pequeños Estados (a lo que hoy llamamos balcanización) manifiesta que no hay que abusar del principio de auto-determinación, sino aplicarlo de una manera muy general (*d'une façon très générale*)⁷.

La brillante exposición de Renan prueba que los amenazadores problemas de la Europa oriental no eran familiares en Occidente. Acompañó su folleto con una profecía: nos precipitamos hacia guerras de destrucción y exterminio, porque el mundo ha abandonado el principio de la unión libre y ha concedido a las naciones, como en otros tiempos a las dinastías, el derecho a anexionarse provincias en contra de sus deseos⁸. Pero no veía más que la mitad del problema, y su solución no podía ser, por lo tanto, más que una solución a medias.

Sería, sin embargo, una equivocación decir que el liberalismo ha fracasado en ese terreno. Las propuestas del liberalismo en pro de la coexistencia y la cooperación de naciones y Estados no son más que una parte del programa liberal, y sólo pueden ser llevadas a la práctica, sólo pueden funcionar, en un mundo liberal. Lo mejor del plan liberal de organización social, económica y política es precisamente eso: que hace posible la pacífica cooperación de las naciones. El que no pueda realizarse en un mundo antiliberal y el que deba fracasar en una época de intervencionismo y socialismo no es una limitación del programa liberal.

Para comprender plenamente el significado de este programa necesitamos imaginarnos un orden mundial en que impere el liberalismo, en que o todos los Estados sean liberales o haya los bastantes para que uniéndose puedan rechazar los ataques de agresores militaristas. En ese mundo liberal, o en esa parte liberal del mundo, la propiedad de los medios de producción es privada. El funcionamiento del mercado no tropieza con la intervención gubernamental. No hay barreras comerciales; los hombres pueden vivir y trabajar donde quieran. En los mapas figuran fronteras, pero no estorban a las migraciones humanas ni a la circulación de mercancías. Los indígenas no disfrutan de derechos negados a los extranjeros. El gobierno y *sus* servidores limitan *sus* actividades a la protección de la vida, la salud y la propiedad contra las agresiones fraudulentas o violentas. No discriminan contra los extranjeros. Los tribunales son independientes y protegen efectivamente a todo

⁷ Renan, *op. cit.*, p. 91.

⁸ Renan, *op. cit.*, p. VIII.

el mundo contra las arbitrariedades de los funcionarios. A todos les está permitido decir, escribir e imprimir lo que quieran. La instrucción no está sujeta a la intervención gubernamental. Los gobiernos son como guardias nocturnos a quienes los ciudadanos han encomendado el manejo de la fuerza policial. Quienes ejercen el poder son considerados como mortales, no como seres sobrehumanos ni como paternales autoridades que tienen el derecho y el deber de mantener al pueblo bajo tutela. Los gobiernos carecen de facultades para imponer a los ciudadanos la lengua que deben usar en su vida diaria ni la que deben emplear para educar e instruir a *sus* hijos. Los órganos de la administración y de la justicia deben usar el idioma de cada ciudadano al tratar con él, siempre que lo hable en el distrito un número razonable de habitantes.

En un mundo así no importa dónde estén las fronteras. Nadie tiene un interés material en ampliar el territorio del Estado donde vive; nadie sufre pérdidas si al Estado se le segrega parte del territorio. Tampoco tiene importancia el que las partes del territorio del Estado tengan una directa conexión geográfica o estén separadas por un trozo de tierra que pertenece a otro Estado. No tiene importancia económicamente que el país llegue hasta la orilla del mar o no. En un mundo así el pueblo de cada aldea o distrito podría decidir en plebiscito a qué Estado quisiera pertenecer. No habría más guerras porque no habría incentivos para la agresión. La guerra no sería negocio. Los ejércitos y las armadas sobrarían. Para combatir la delincuencia bastaría la policía. En un mundo así el Estado no es una entidad metafísica, sino simplemente el productor de seguridad y de paz. Es el vigilante nocturno, como decía Lassalle despectivamente. Pero cumple su labor de una manera satisfactoria. El ciudadano duerme tranquilo, las bombas no le destruyen el hogar, y si alguien llama a la puerta a altas horas de la noche se puede tener la seguridad de que no es la Gestapo ni la OGPU soviética.

La realidad en que tenemos que vivir difiere mucho de este mundo perfecto de idealismo liberal: Pero eso se debe únicamente a que los hombres han rechazado el liberalismo por el estatismo y han impuesto al Estado, que podría ser un vigilante nocturno más o menos eficiente, otras muchas obligaciones. Lo que ha llevado al estatismo no es la naturaleza o la acción de fuerzas que escapan al control humano, o una necesidad ineluctable, sino los actos de los hombres. Enredados en falaces dialécticas y en ilusiones fantásticas, creyendo ciegamente en erróneas doctrinas, movidos por la envidia y por una insaciable codicia, los hombres han desdeñado el capitalismo y lo han sustituido por un orden que engendra conflictos a los cuales no se les puede encontrar una solución pacífica.

NACIONALISMO AGRESIVO

El estatismo —sea intervencionismo o socialismo— lleva inevitablemente al conflicto, a la guerra y a la opresión totalitaria de grandes masas de población. Bajo el estatismo, el Estado verdadero y justo es aquel en que yo o mis amigos, que hablan mi lengua y comparten mis opiniones, son soberanos. Los demás Estados son ilegítimos. No se puede negar que también existen en este mundo imperfecto, pero son enemigos de mi Estado, del único Estado justo, aunque sólo exista todavía en mis sueños y deseos. Nuestro Estado nazi alemán es el Reich, dice Steding; los demás Estados no son más que degeneraciones de él⁹. La política, dice el jurista nazi más eminente, Carl Schmitt, consiste en distinguir entre amigo y enemigo¹⁰.

Para comprender estas doctrinas debemos antes considerar la actitud liberal ante el problema de los antagonismos lingüísticos.

Quien vive como miembro de una minoría lingüística en una comunidad donde otro grupo lingüístico forma la mayoría carece de los medios para influir en la política del país. (No tratamos del caso especial en que una minoría lingüística ocupa una posición privilegiada y oprime a la mayoría, como sucedía, por ejemplo, con la nobleza de habla alemana de los ducados bálticos en los años anteriores a la rusificación de esas provincias.) En una comunidad democrática la opinión pública determina el resultado de las elecciones y por lo tanto las decisiones políticas. Quien quiere que sus ideas prevalezcan en la vida política debe intentar influir en la opinión pública mediante la palabra hablada o escrita. Si consigue convencer a sus conciudadanos, sus ideas obtienen apoyo y se mantienen.

En esta lucha de ideas no pueden tomar parte las minorías lingüísticas, que son espectadores sin voz en los debates políticos de donde salen los votos decisivos. Las minorías lingüísticas no pueden participar en discusiones ni en negociaciones cuyo resultado determina su destino. Para ellas la democracia no significa autodeterminación; son otros los que las controlan. Son ciudadanos de segunda clase. Tal es la razón de que en un mundo democrático se considere desventajoso el ser miembro de una minoría lingüística, razón que al mismo tiempo explica que en épocas anteriores, cuando no había democracia, no hubiera conflictos lingüísticos. En estos tiempos de democracia, el pueblo en general prefiere vivir en una comunidad donde la mayoría de los conciudadanos habla el mismo idioma que él. La consecuencia es que en

⁹ Steding, *Das Reich und die Krankheit der Kultur* (Hamburgo 1938).

¹⁰ Carl Schmitt-Dorotic, *Der Begriff des Politischen* (Munich 1932).

los plebiscitos en que se decide a qué Estado debe pertenecer una provincia, los individuos, *generalmente pero no siempre*, votan a favor del país en el que no serán miembros de una minoría lingüística.

Pero reconocer este hecho no significa que el liberalismo afirme el principio de nacionalidad. El liberalismo no dice: cada grupo lingüístico debería formar un Estado y sólo uno, y cada individuo perteneciente a ese grupo debería, de ser posible, pertenecer a dicho Estado. Tampoco dice: ningún Estado debe comprender pueblos de diferentes grupos lingüísticos. El liberalismo postula la autodeterminación. El que, en el ejercicio de este derecho, los hombres se dejen guiar por consideraciones lingüísticas, es para el liberalismo simplemente un hecho, no un principio de derecho natural. Si deciden otra cosa, como sucedió por ejemplo con los alsacianos de habla alemana, el asunto no les incumbe más que a ellos. También una decisión semejante debe ser respetada.

Pero en nuestra época de estatismo es distinto. El Estado estatista debe necesariamente extender todo lo posible su territorio. Los beneficios que puede brindar a sus ciudadanos aumentan en relación con su territorio. Todo lo que un Estado intervencionista puede proporcionar puede proporcionarlo con más abundancia un Estado grande que un Estado pequeño. La esencia del estatismo consiste en quitar a un grupo para dar a otro, y cuanto más pueda quitar más podrá dar. A todos aquellos a quienes el gobierno puede favorecer les interesa que su Estado llegue a ser lo más grande posible. La política de expansión territorial goza de popularidad. El pueblo, lo mismo que los gobiernos, desea ardientemente la conquista. Todos los pretextos para la agresión parecen buenos. Los hombres llegan a no aceptar más que un argumento en favor de la paz: que el presunto adversario sea lo bastante fuerte para derrotarles si lo atacan. ¡Ay del débil!

La política interior de los Estados nacionalistas se inspira en su propósito de mejorar la situación de algunos grupos de ciudadanos en perjuicio de los extranjeros y los ciudadanos que hablan un idioma extranjero. En política exterior el nacionalismo significa discriminación contra los extranjeros. En política interior significa discriminación contra los ciudadanos que hablan un idioma que no es el del grupo dominante. Los habitantes de lengua alemana en Merano, Bolzano y Bressansone forman la mayoría en sus distritos; y son minoría porque Italia se ha anexionado su región. Lo mismo les sucede a los alemanes en el Egerland, a los ucranianos en Polonia, a los magiares en el distrito Szekler de Transilvania y a los eslovenos en la Carniola ocupada por los italianos. Quien habla un idioma extranjero en un Estado donde predomina otra lengua es un paria a quien le están virtualmente negados los derechos de ciudadano.

El mejor ejemplo de las consecuencias políticas de este nacionalismo agresivo lo proporciona la situación de la Europa oriental. Si se pregunta a representantes de grupos lingüísticos de la Europa oriental cuál creen que debería ser una justa demarcación de sus Estados nacionales y si se marcan estas fronteras en un mapa, se verá que la mayor parte del territorio la reclaman por lo menos dos naciones y que una parte no insignificante la reclaman tres o más¹¹. Cada grupo lingüístico defiende su reclamación con argumentos lingüísticos, raciales, históricos, geográficos, estratégicos, económicos, sociales y religiosos. Ninguna nación está sinceramente dispuesta a renunciar a la menor de sus reclamaciones. Cada una de ellas está en cambio dispuesta a recurrir a las armas para alcanzar sus pretensiones. El resultado es que cada grupo lingüístico considera enemigos mortales a sus vecinos y busca ayuda armada de los vecinos para lograr sus aspiraciones territoriales a costa del enemigo común. Cada grupo trata de aprovecharse de todas las oportunidades para satisfacer sus reclamaciones a expensas de sus vecinos. La historia de las últimas décadas prueba que esta melancólica descripción es exacta.

Tomemos, por ejemplo, el caso de los ucranianos. Durante cientos de años estuvieron bajo el yugo de los rusos y de los polacos. No ha habido en nuestra época un Estado nacional ucraniano. Se podría suponer que los portavoces de un pueblo que ha tenido tanta experiencia de las privaciones que impone una implacable opresión extranjera serían prudentes en sus pretensiones. Pero como los nacionalistas no pueden renunciar, los ucranianos reclaman un territorio de más de 360.000 millas cuadradas con una población total de unos sesenta millones, de los cuales, según sus propias manifestaciones, sólo «más de cuarenta millones» son ucranianos¹². Estos ucranianos oprimidos no se contentarían con su propia liberación; aspiran a oprimir a veinte millones o más de no ucranianos.

En 1918 los checos no se contentaron con establecer un Estado independiente propio. Incorporaron a él millones de personas de habla alemana, todos los eslovacos, decenas de millares de húngaros, los ucranianos de la Rusia cárpata y, por razones ferroviarias, algunos distritos de la baja Austria. ¡Y qué espectáculo ha dado la República de Polonia, que en veintiún años de independencia intentó robar violentamente a tres vecinos —Rusia, Lituania y Checoslovaquia— parte de sus territorios!

¹¹ La ciudad de Fiume, por ejemplo, la reclaman los húngaros, los croatas, los yugoslavos y los italianos.

¹² Hrushevsky, *A History of the Ukraine* (editada para la Asociación Nacional Ucraniana por Yale University Press, New Haven 1941), p.574.

Esta situación la describe acertadamente August Strindberg en su trilogía *A Damasco*.¹³

EL PADRE MELCHER: En la estación de Amsteg, de la línea del San Gotardo, habrá visto usted probablemente una torre llamada castillo de Zwing-Uri; la celebra Schiller en *Guillermo Tell*. Se yergue como monumento a la inhumana opresión que los habitantes de Uri sufrieron a manos del emperador alemán. ¡Hermoso! En el lado italiano del San Gotardo está, como usted sabe, la estación Bellinzona. También allí hay muchas torres, pero la más notable es el Castel d'Uri. Es un monumento a la inhumana opresión que el cantón italiano sufrió a manos de los habitantes de Uri. ¿Comprende usted?

EL FORASTERO: ¡Libertad! Danos libertad, para que podamos suprimirla.

Con todo, Strindberg no añade que bajo el liberalismo del siglo XIX los tres cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden cooperaron pacíficamente con el Ticino, a cuyo pueblo habían oprimido durante casi trescientos años.

¹³ Parte 1I, Acto IV, Escena 1I.